

Estaba aún Dolores entregada á su dolor, cuando se le presentó otra vez un desconocido que le entregó una carta, que contenia en billetes de banco una suma no despreciable.

Era la carta del protector, y en ella le decia que habiendo llegado á su noticia sus nuevas necesidades por el abandono mio, queria borrarlas, pues no podia ver con indiferencia los sufrimientos de una persona que habia, por su desgracia, despertado en él tan profunda simpatía.

Dolores, en un arranque imprudente de gratitud, tomó la pluma y escribió pidiendo á aquel hombre generoso que se dignase hacerle una visita para poder manifestarle su reconocimiento.

El mentido protector no se hizo rogar; al día siguiente se presentó en mi casa, revestido de la hipocresía mas sutil, y habló largamente con Dolores. A un protector noble y generoso ¿quién le cierra sus puertas? Dolores cayó en la infame intriga de aquel hombre y le franqueó la entrada á aquella

casa que hasta entonces habia sido el nido del amor y el santuario de la virtud.

Grado á grado fueron mas frecuentes las visitas del protector, hasta que llegó un día en que no hubo en la ciudad quien no empañara con sus palabras mi honor ultrajado, escarnecido por la mujer á quien tanto amaba y por quien yo arrostraba tanto sacrificio.

Mientras tanto, yo expedicionaba lójos de Puebla, teniendo aún en medio de los combates, fijo el pensamiento en Dolores y en mi hijo.

Un día, en los momentos mismos en que yo, que habia alcanzado ya el grado de comandante, emprendia mi marcha para unirme al grueso de la division que á las órdenes del general Riva Palacio recorria la sierra de Michoacan, recibí una carta, de fecha atrasada, en que un amigo de toda mi confianza me participaba desde Puebla los terribles rumores que en la ciudad circulaban, relativos á la conducta de Dolores.

En vano intentaria describir el estado de

mi alma despues de recibir un golpe tan espantoso. Cuañto hay de noble y digno, cuanto rencor caber puede en un corazon que solo ha latido por el amor y se vé ultrajado y siente tornarse en hiel el bálsamo que endulzaba las horas de su vida, todo se despertó en mí.

Imposible me era en aquellos momentos volar á Puebla, á salvar mi honor si es que existia, ó á castigar al miserable que me habia arrebatado cuanto amaba en el mundo. Los franceses tenian sitiada la ciudad y no me hubiera sido posible penetrar á ella.

Grandes fueron los horrores de que fué teatro tan hermosa poblacion. Entre las numerosas víctimas que perecieron bajo los escombros de las casas arruinadas por las balas enemigas, se cuentan mis padres, que murieron sin haberme perdonado, y sin haber visto nunca á mi pobre é inocente hijo.

En dias tan aciagos, multitud de familias carecian hasta de los alimentos mas indispensables, pero á Dolores nada faltó, pues todo

le proporcionaba el oro que á manos llenas prodigaba su protector.

El sitio de Puebla habia terminado; la Capital de la Nacion habia sido ocupada por el mariscal Forey, y el gobierno á quien yo servia se retiraba á las fronteras del Norte.

Abrigando tan crueles temores, sintiendo desgarrada el alma, ¿podia continuar la guerra? Resolví separarme de las filas; pero temiendo que esta vez como la primera, me negasen mi retiro, sin pedirlo, una mañana me encontraron de menos mis compañeros de armas.

Llegué á Puebla á la casa de un amigo, de incógnito. Allí supe todos los pormenores que os he referido de mi horrible historia, y lo que es mas triste todavía, la muerte de mi hijo.

El protector de Dolores se habia quitado ya la careta; acaso porque me creia muerto en los infinitos combates en que tomara yo parte, y ya no habia en Puebla una sola persona que no le conociese por el amante de la mas hermosa de las poblanas.

Yo no podía presentarme á cara descubierta ante el vil seductor de Dolores, porque me hubiera delatado al gobierno establecido allí y me hubiese hecho juzgar por una *corte marcial* como espía del enemigo, y yo necesitaba vengarme antes.

Me resigné á esperar algun tiempo, pero fuí delatado y tuve que huir precipitadamente de la ciudad, burlando la vigilancia de mis enemigos.

Anduve errante algunos meses, y regresé á Puebla. Entonces supe que Dolores, al verse abandonada por el hombre que la habia hecho olvidar sus deberes, se habia envenenado, y despues de sufrir los tormentos mas atroces habia sucumbido en un hospital sin que un amigo, ni un pariente, ni aun el mismo que originara sus males, le hubiese estendido una mano bienhechora en los postreros momentos de aquella existencia agitada y combatida por el remordimiento y el dolor.

La mujer que olvida sus deberes y desprecia los juramentos pronunciados ante el al-

tar, tiene que sufrir el martirio de esa sierpe que devora las entrañas y trastorna la razon; el remordimiento: tiene que ver enmedio del sueño, y aun despierta, la sombra vengadora del hombre ofendido; y como para que su castigo sirva de útil leccion á la sociedad, morir como Dolores, abandonada y despreciada de todos.

La mano de Dios habia castigado ya á Dolores; mis padres ya no existian, estaba solo en el mundo, sin otra aspiracion que vengarme del hombre que abusara cobardemente de mi ausencia para arrancarme lo único que constituia mi felicidad en el mundo.

Recorria yo una tarde los alrededores de la ciudad, queriendo, en vano, distraer las tristes ideas que me seguian ó todas partes, cuando me ví frente á frente del seductor de Dolores.

El sitio no podia ser mas á propósito.

La soledad parecia decirme que en aquel instante debia yo hacer sentir todo el peso de mi dignidad ultrajada sobre aquel miserable. Desafiarme hubiera sido una torpeza;

los cobardes que se glorian en vencer la debilidad de una mujer desamparada, no son capaces de ver con serenidad á un adversario, en un campo de honor. Los hombres infames delatan á sus enemigos para librar-se de ellos. El hombre honrado no debe poner su pecho frente á las balas de un miserable.

Estas ideas cruzaron por mi pensamiento con la velocidad eléctrica, y en un acceso de indignacion contra aquel hombre, saqué la pistola que llevaba y la disparé á cortos pasos de él.

Cayó bañado en sangre; pero por sus quejidos comprendí que no habia muerto.

Mi negra suerte hizo que una patrulla francesa que pasaba no lejos del sitio en que me encontraba contemplando con brutal satisfaccion al matador de mi honra tendido á mis piés, acudiese y fué aprehendido.

Procesáronme no tanto por aquel suceso, como porque hacia tiempo que se me perseguia por haber servido en las filas republicanas. Mi defensor hizo esfuerzos supremos

y me libró de la pena de muerte á que querian condenarme aquellos chacales sedientos de sangre humana, y fuí condenado á diez años de presidio en esta fortaleza.

Una vez aquí, supe que el amante de Dolores, restablecido completamente de la herida que recibió de mis manos, habia puesto en juego todo género de recursos para alcanzar que fuese yo condenado á muerte, y librarse así de mi mano vengadora.

Hacia ya mas de dos años que sufría en esta lúgubre mazmorra toda la crueldad de mi suerte, cuando triunfó el gobierno republicano á que presté tantos servicios.

Creí llegada la hora de mi libertad; pero me engañaba.

El destino me tenia deparados mayores sufrimientos.

A las repetidas instancias que hice para obtener la libertad, se me contestó que un desertor de mi grado, y en las circunstancias en que estaba la patria cuando abandoné mis filas por ir á residir á un lugar ocupado por

el invasor, no era acreedor á gracia alguna.

El oro de aquel infame, le abría todas las puertas y á mí me las cerraba.....!

Con el alma oprimida de tristeza, con el corazón despedazado por tan crueles sufrimientos, sin esperanza, sin consuelo alguno, héme aquí, pues, contando hora por hora, minuto por minuto, los días y los años que aún me restan pasar en esta mansion, sin que logre apartar de mí por un instante siquiera, el recuerdo de la mujer que pagó con tanta ingratitud la pasión de mi alma.

.....

.....

.....

Comenzaba á apagar sus resplandores el lucero de la mañana; en breve el sol con sus rayos de oro, bañaría la inquieta superficie del golfo, y penetraría por entre las rejas de los calabozos de San Juan de Ulúa; de esa fortaleza cuya historia sería un libro inmenso, cuyas páginas tendrían que escribirse con lágrimas y con sangre.

Aquel desgraciado me estendió la mano y yo la estreché con emoción, porque nunca he escuchado sin pesar los infortunios ajenos, y simpatizo con los desgraciados.